



y no por imposición del abuelo — que era en realidad bisabuelo, el único que nos quedaba y, por tanto, el patriarca de la familia al que la mismísima Genoveva respetaba¹ hasta el extremo de no haber osado jamás arrinconarlo o reducirlo a la condición de cartulina amarillenta enmarcada y colocada luego, junto a un florerito, sobre la tapa del piano o sobre la mesita del teléfono — sino porque la propia Genoveva reconociese que, tanto con lo de la boda como con lo del malhadado experimento de las Gorgondiola², se había dejado llevar una vez más “por ese condenado impulso creativo que te pierde” o que recapitase, si no, si poner en manos de los sobrinos de Loreto el corazón de la abuela — tan delicado que siempre tenía a la familia en un “ay” — no había sido una temeridad.

— Y eso — puntualizó Cora, no tan descarada pero muy buena en matemáticas también — por no hablar del viajecito...

Porque Gracia Clotilde se lo tomó muy a mal y dijo que si es que nos habíamos creído que ella estaba loca o qué...

— ¡Pero, mujer — queriéndola contentar, porque como Nines era tan simpática y a todo el mundo le caía bien candidatas había muchas pero... —, qué tontería!

Y que como se le había podido ocurrir que se pasara por la cabeza de nadie semejante cosa.

¹ Luego, con Georgina, mucho más ambiciosa y con aquellos deseos suyos de medrar, de dejar su propia huella en las relaciones tan complejas de tantos personajes perpetrados — “perpetrados” porque algunos fueron espantosamente malos — por imaginaciones tan dispares, las cosas cambiaron mucho.

² Porque, a raíz de la incorporación de la carnicería en sustitución del saloncito art déco tan coqueto de las Fuenfría, Visitación y la hermana se enfadaron tanto — “sabiendo, además, como sabías”, le echaron en cara, que eran vegetarianas — que se negaron a incorporar a su relato la descripción de aquel espacio tan finamente decorado que ellas, pero nadie más, habían visto en una de aquellas revistas tan bonitas que “mamá” — decían — guardaba con tanto capricho en el armario debajo de las toallas.

Ella contestó, bastante agria por cierto, con un “ah, pues no sé”; pero que, por si acaso, ya nos podíamos ir buscando a otra...

Pero, como muy bien se calló la Acuña chica — y porque le dieron un codazo con disimulo a tiempo, que tenía la lengua muy larga —, qué “otra” si todas las que reunían las cualidades imprescindibles eran delgadas.